

EDITORIAL

LA ASOCIACION DE EDUCACION MUSICAL

Acomienzo del mes que acaba de terminar, la Asociación de Educación Musical ha celebrado su primera sesión ordinaria y, por lo tanto, se halla constituida en posibilidad de trabajar; ella fué creada el año último como un resultado lógico y esperado de las Jornadas Pedagógicas Musicales que tuvieron lugar en la Facultad de Bellas Artes, a lo largo de gran parte del año escolar de 1945.

La fundación de esta entidad, que sus autores denominaron como «Asociación de Educación Musical», es decir, organismo destinado al estudio de la enseñanza de nuestro arte, y no asociación «de educadores» o con cualquier otro nombre que envolviera significación gremial, viene a dar cuerpo a un viejo anhelo de los profesores de música de toda la enseñanza pública y privada, que han echado de menos algún medio que los reúna, que los acerque y que aglomere, en una fisonomía coordinada, los muchos esfuerzos disgregados que hoy día se hacen en pro de la enseñanza de la música.

La Facultad de Bellas Artes, como ya se ha hecho notar, ha sido la primera en romper los marcos de fierro que aislan los diferentes grados de la enseñanza y que apuntan aristas enemigas entre la actividad docente del Estado y la enseñanza particular. Con una simplicidad digna de ser imitada, se abrieron las puertas para que todos los educadores musicales y los interesados en la educación musical se acercaran. Se publicó una invitación general, se fijaron temas que desarrollarían personas especializadas, cuidando que estas disertaciones no tomaran desde un comienzo el aspecto de cursos de perfeccionamiento, que podrían resultar sospechosos para alguna gente demasiado celosa de su independencia y especialmente de la independencia de sus imperfecciones. Concurrió un grupo

numeroso, entroncado a todos los aspectos de la enseñanza musical; de este grupo pronto se destacó un núcleo de presencia constante y de indiscutible asiduidad en las discusiones. De él surgió la célula creadora que lanzó la palabra esperada: acercamiento y unión alrededor del problema común e idéntico que es la enseñanza musical, sin distinción de planos, ni de credos ni de clasificaciones oficiales.

El movimiento que envuelve la Asociación de Educación Musical es de gran trascendencia y esperamos que no sea malogrado por espíritu de círculo o por los personalismos que viven del viejo aforismo de dividir para reinar. Enseñar la música es una misión que, si se la mira con profundidad, no tiene diferencia con respecto a los grados de la educación ni con respecto a que se trate de enseñanza general de ella o de entrenamiento especializado para el músico.

La vida musical, como todas las ramas de las actividades intelectuales, es un conjunto de capas, de facetas y de actividades que se complementan y se entrelazan en forma tal que ninguna de ellas puede ser sobreestimada, porque ninguna puede faltar ni desmerecer sin afectar profundamente la existencia de las restantes. ¿Qué sería de la actividad de los conciertos si no formamos un medio adecuado para ellos, si no creamos junto al compositor, el ejecutante y el público inteligente?

Hemos vivido imaginando que lo que se enseña en los colegios y en las escuelas primarias es diferente de lo que persigue el Conservatorio. Frente al músico profesional, al cual se supone absorto únicamente en problemas estéticos y en una actividad casi colgada en el aire, la enseñanza secundaria y también la primaria han esgrimido razones para fundamentar su preocupación por la música que no son sino los viejísimos conceptos moralistas y utilitarios que vienen desde la antigüedad pre-cristiana. Se ha supuesto que al ciudadano que no se destina a ejercer la profesión de músico, le está de más algún conocimiento técnico, siquiera rudimentario, y que debemos mantenerlo en una especie de nebulosa sonora sentimental, cuando no se dice que es menester entretenerlo y divertirlo con la música y para esto entregarle la peor música, la más baja y arrabalera, como si la contaminación espiritual que viene a través de frecuentar lo ordinario no dejara una semilla de vulgaridad, trátese por igual de la literatura, de las artes plásticas o de la música. El silabario y los libros de lectura contienen ejemplos literarios sencillos, trozos elementales e ingenuos, poesías claras y bien cortadas que atraen la mente de los niños; también imágenes. Si se quiere, pobremente dibujadas, pero sanas, ¿por qué entonces habríamos

de agregar a este alimento pedagógico simple la vulgaridad vergonzosa de tangos y de bailables que, en su música y en su texto, sólo respiran la decadencia corrompida de los bajos fondos y el espíritu grosero de los tugurios?

La Asociación de Educación Musical tiene por delante un campo vastísimo y virgen en donde laborar. Nada se ha hecho todavía por acercarse sistemáticamente a los profesores de enseñanza pública con los muchísimos maestros que ejercen la actividad pedagógica musical en los colegios y escuelas particulares o simplemente en sus casas; nada hemos establecido todavía que unifique los propósitos y aún los métodos para enseñar la música desde la escuela rural hasta la universidad. Este trabajo provechoso de acercamiento y de patriótica comprensión es el primer deber de la nueva entidad. Sus propósitos de coordinación sólo podrán ser realizados, si se comienza por inventariar lo que existe, por ver las necesidades, por hacer un resumen de toda la experiencia dispersa que se encuentra desconectada a lo largo de la República.

Un peligro deberá evitar la Asociación de Educación Musical y sobre él debemos insistir desde sus comienzos, para que no ocurra en Chile un hecho difícil de modificar más tarde, que preocupa profundamente a los educadores y músicos de países tan adelantados como los Estados Unidos. Nos referimos al caso del profesor de música a quien no le importa la música. Esto parece una paradoja y se creería un absurdo y, sin embargo, es un mal enormemente extendido; resultado, en parte, de una defectuosa selección de los candidatos a profesores y por otra parte, de una exageración en la importancia de los métodos y de la pedagogía misma, frente a lo que esta pedagogía debe tener por objeto. Se llega así a una perfección en la mecánica de la enseñanza, descuidando lo fundamental: aquello que debe enseñarse.

En Chile tenemos esperanzas de que este peligro pueda ser evitado. La Asociación de Educación Musical ha nacido de la buena voluntad general de educadores pertenecientes a todos los campos; no hemos establecido vallas, hemos visto al profesorado primario en íntima unión con la Universidad y con los compositores; hasta la enseñanza secundaria, la más reacia a una revisión de sus métodos, se ha plegado a una cruzada que es, ante todo, resultado del desinterés y de la abnegación, frente a las necesidades más profundas del arte y en general de la cultura.

Nuestros votos ardientes son por que la nueva Asociación nos libre de muchos males; no sólo de la dispersión y del desconocimiento, sino, sobre todo, de la superficialidad, de la banalidad, de la música-

entretenimiento vacía, hecha, explicada y oída como cosa sin importancia, sin significado y a lo sumo con una historia anecdótica de almanaque, en la que los grandes artistas parecen mentecatos fugados de algún manicomio y las grandes obras han de ser motejadas con nombres arbitrarios y absurdos para que el niño se sienta atraído en la música, precisamente por todo lo que es la negación misma de la música. Ciframos, pues, grandes esperanzas en el trabajo de la nueva entidad.

D. S. C.